

# Los Salesianos, al servicio del pueblo

HERMINIO OTERO

*El título de este artículo nos lo ha prestado Carlos Veira que, en el diario «Ya» del pasado 23 de mayo, dedicaba su crónica a la labor educativa desempeñada en España por la institución salesiana. Son cien años de historia en nuestro país, que se inició en Ultera y que, dos años más tarde, echaba raíces en Barcelona con la creación de la Escuela de Artes y Oficios de Sarriá. Actualmente 88.000 alumnos reciben educación en los Colegios y Escuelas de Formación Profesional que los Salesianos tienen diseminados por toda España. Le hemos pedido a un salesiano, a D. Herminio Otero, que trabaja en el Colegio San Juan Bosco de La Coruña, que nos contase cómo y por qué los Salesianos siguen dedicando sus esfuerzos a la educación y al mundo juvenil. Su respuesta fue una «entrevista» urgente al Fundador de la Congregación, patrón de periodistas y de las Escuelas de Formación Profesional.*

## **Don Juan Bosco y su estilo educativo**

Creí que esta iba a ser una entrevista imposible. Tuve que viajar tiempo y tiempo. Llegué, por fin, a Turín. Tuve que pensar mucho las preguntas que quería hacer. Iba yo con miedo a ver a Juan Bosco. En algunos ambientes es ya muy conocido. Dicen que es pedagogo, aunque no ha escrito más que nueve páginas sobre pedagogía. Me dicen que es cura, para más señas. Me dicen que no mete mucho ruido y obra el bien sin hacer caso de los perros que le ladran. Me dicen que siempre está rodeado de jóvenes.

Aunque no sabe nada todavía de las revoluciones estudiantiles en las universidades americanas o en otros sitios, ni de la marcha de las flores ni de otras cosas por el estilo, me dicen que él ya las había hecho, pero no tuvieron tanto eco en la prensa. Hizo excursiones con jóvenes presos; sentadas y albotoros con barriobajeros. Le echaron con toda su chiquillada de los serios lugares eclesiásticos y oficiales. Algunos jóvenes le robaron. Los mayores quisieron aporrearle por todo lo que hacía y decía.

Conoció como nadie el desencanto y aburrimiento de la gente joven, pero no se quedó con las manos cruzadas. Eso fue todo. Ahora ya le pesan los años. Pero no le pesa haber

gastado su vida en favor de los jóvenes y siempre en medio de ellos. Y me responde con gusto, con gran paz, con el rostro joven, a pesar de las arrugas, porque dentro de los ojos le baila la alegría. Nunca perdió esta alegría. Ni la ilusión. Y ellas nunca le perdieron.

**—¿Cómo es considerado educador y pedagogo si no ha escrito nada sobre pedagogía?**

—La educación es una empresa de corazones. Yo he creado un ambiente y un sistema educativo desde el patio, desde el juego, desde la vida de los chicos. Y eso no se puede poner en los libros.

**—Tiene fama de soñador. ¿También es iluso?**

—Sueño despierto y tengo ilusiones, pero no soy iluso. Sólo intento no reprimir la fantasía. En mi larga vida he dejado siempre que mi corazón se acerque a los jóvenes. Eso es todo. Ellos me han enseñado a soñar.

**—Pero los jóvenes ahora están desencantados, se aburren...**

—¿Quién lo dijo? ¿Hemos buscado bien adentro? En los jóvenes crece natural la vida, la alegría y el ansia de comunicación. No podemos matar sus inquietudes. Están más necesitados que nunca de ilusiones reales. No quiero exagerar, pero a mí me basta que sean jóvenes para que yo les ame.



—Pero ahora dicen que pasan de todo...

—Es que no es suficiente poner a su servicio lo mejor de nuestras vidas y personas. No basta con promesas. No llegan las grandes palabras. Ni siquiera sirve que queramos a los jóvenes; es imprescindible que ellos se den cuenta de que les queremos.

—Pero ellos no nos quieren a nosotros...

—Tendremos que cambiar de mentalidad y todo lo que haga falta. Es necesario conectar con ellos, sintonizar con lo que les agrada, apoyar sus gustos, participar en sus actividades, intentar ver las cosas desde donde ellos las ven y las viven, amar lo que ellos aman.

—¿No es esto demagogia, Don Bosco?

—No, porque nada de todo esto lo hacemos para halagarlos, sino para que, conectando unos con otros, puedan ellos identificarse con nosotros y descubrir otro sentido a la vida. Empatía me parece que le llamáis ahora a esto. Los psicólogos reconocen su importancia. En sintonía con nosotros podrán aprender a obrar con generosidad y amor. Esto es lo que intentan hacer los educadores que me siguen. Lo que pasa a los jóvenes ahora es que no tienen modelos de identificación. No existe nada que les llame la atención y han rechazado los que tenían por falsos y engañosos.

—¿Cómo se puede lograr esto?

—Estando siempre con los jóvenes, especialmente en los momentos y lugares de diversión. Pero no como vigilantes o mandamases, sino como amigos, y reconocerás que en este campo tenemos mucho que hacer ahora.

—Pero son ellos los que no nos dejan estar...

—Si amamos lo que les agrada, ellos buscarán lo que a nosotros nos gusta. Si intentamos ver las cosas desde su punto de vista, nos ganaremos también su confianza.

La conversación se ha interrumpido varias veces. Estamos en un sencillo despacho decorado con gusto. Hay carteles y frases por las paredes. Parecen ser hechas por manos juveniles. De vez en cuando entran varios jóvenes. Comunican algún recado, consultan un punto, dejan un trabajo, cogen material... Esto no es un despacho: es la central de un oculto movimiento que se nota aunque no se ve. Por algún sitio se cuele música no lejana; se oyen, también, voces y, de vez en cuando, alguna risa. Parece que están jugando y se nota un clima de serenidad.

—¿Quién dirige todo esto?

—Todos. Siempre digo a los jóvenes: «Vosotros sois los primeros responsables de vuestro futuro». Y lo van siendo también del presente.

—¿También trabajan aquí personas adultas?

—Sí, los educadores. Están aquí porque son generosos y desprendidos. No están como superiores, sino como amigos de más edad que comparten la alegría y conviven con los amigos. Intentamos estar cercanos a los jóvenes, escucharlos para que nos puedan escuchar, y amarlos de verdad para que puedan descubrir y amar nuestro estilo de vida, que no pretende ser otro que el de Jesús de Nazaret. Muchos de ellos eligen así ser cristianos. Y lo eligen de verdad.

—¿No está idealizando?

—En tal caso estoy soñando con los ojos bien abiertos. Si somos capaces de pensar algo, seremos capaces también de realizarlo. Nosotros queremos ser valientes. Intentamos decir las cosas claras y nunca tenemos miedo a dar la cara por los jóvenes o por otros. No les atiborramos de normas ni de leyes para hacérselas cumplir mediante reprimendas o castigos. Así no lograríamos más que rechazos y disgustos.

—¿No es, de hecho, el trabajo con los jóvenes una recopilación de sinsabores y disgustos?

—Yo me siento a gusto entre ellos. Procuro estar a su lado en todo momento y ayudarles a que descubran las cosas por su cuenta y a que caminen por sus propios pies.

Hablaba Don Bosco con tranquilidad y sus palabras me parecían convincentes. Al final del encuentro tenía yo la sensación de que me había comunicado más vida que ideas a través de sus sencillas palabras. Me despidió con sencillez. Me despidieron también los jóvenes que con él estaban. Sólo después de mucho tiempo me di cuenta de que me había regalado una gran paz, mucha ilusión y una fuerte dosis de alegría.

Y recordé siempre con gozo aquella fecha de hace casi un siglo (10 de mayo de 1884) en que Don Bosco, fundador, entre otros, de los Salesianos, me comunicó el secreto de su estilo educativo. Un siglo después, más de dos mil educadores en España y de 18.000 en todo el mundo siguen demostrando que Don Bosco no estaba equivocado. Miles de jóvenes son de ello testigos, y así lo declaran.

